

LAS AGRICULTURAS MEDITERRANEAS ESPAÑOLAS: VIAS DE MODERNIZACION Y PERSPECTIVAS

ELADIO ARNALTE ALEGRE

DEPARTAMENTO DE ECONOMÍA, SOCIOLOGÍA Y POLÍTICA AGRARIA

UNIVERSIDAD POLITÉCNICA DE VALENCIA

INTRODUCCIÓN

Un análisis de la situación actual y las perspectivas de futuro de las realidades agrícolas del Mediterráneo español, planteado al final de unas Jornadas dedicadas a estudiar los procesos históricos de transformación de esos espacios agrarios mediterráneos, debe intentar, a nuestro juicio, mantener cierta continuidad metodológica con los análisis que le preceden. En consecuencia, vamos a plantear aquí unas breves reflexiones sobre cuáles son los principales modelos de agricultura identificables a lo largo del litoral mediterráneo y cuáles han sido las vías que ha seguido su proceso de modernización durante las últimas décadas.

Consideraremos también cuales son sus perspectivas de futuro teniendo como referencia las tendencias actuales de los modelos de agricultura dominantes en la Europa comunitaria, sin olvidar, lógicamente, el marco de la Política Agrícola Común, cuyas directrices van a condicionar decisivamente la evolución de estas agriculturas.

Nuestro análisis se apoya en algunos trabajos anteriores a los que vamos a remitir para un mayor detalle en la información estadística que sustenta algunas de las argumentaciones.

ESTRUCTURAS Y MODELOS DE AGRICULTURA EN EL LITORAL MEDITERRÁNEO

Una visión de los datos sobre la estructura de las explotaciones a lo largo de las regiones mediterráneas españolas, confirma el mantenimiento del minifundio que tradicionalmente ha caracterizado a estas agriculturas (Arnalte, 1992 a). Asimismo, el análisis de la evolución de esos rasgos estructurales durante las últimas décadas muestra como ese minifundio se ha ido acentuando en todas las comarcas litorales valencianas y murcianas, así como en las provincias mediterráneas andaluzas, al reducirse Censo a Censo el tamaño medio de las explotaciones. Mientras, en la agricultura catalana y en las comarcas del interior del resto de regiones se registra una tendencia de signo contrario, similar a la generalizada en los países industrializados, donde progresivamente se reduce el número de explotaciones y aumenta la dimensión media de las que se mantienen en el sector.

Esas distintas evoluciones estructurales son el resultado de factores institucionales (como la figura del “hereu” en Cataluña), tecnológicos y económicos de naturaleza diversa, pero muestran, en definitiva, la existencia de diferentes vías de modernización, con su propia lógica y racionalidad económica. En un repaso no exhaustivo de esas agriculturas mediterráneas vamos a identificar algunos de los elementos que caracterizan las distintas pautas de transformación.

La agricultura catalana, con su diversidad de especializaciones productivas y de estructuras, presenta el denominador común del predominio de la explotación familiar. El agricultor familiar y profesional, respondiendo a un modelo bastante próximo al generalizado en la agricultura europea, es la figura dominante tanto en las explotaciones lecheras del Alt Urgell o la Cerdanya, como en la agricultura de secano complementada con ganadería intensiva de la depresión central catalana o en la fruticultura de los regadíos de Lérida (Tulla, 1984).

Ese agricultor ha seguido las vías de modernización clásicas, introduciendo capital en sus diversas formas (plantaciones frutales, ganadería, mecanización). La dimensión física de las explotaciones ha crecido, aunque sin alcanzar elevadas extensiones. Pese a ello, la mecanización ha sido intensa, encaminada a liberar trabajo para dedicarlo a las actividades ganaderas o a trabajos externos, y estimulada por el necesario incremento de la productividad del trabajo en un contexto económico tan dinámico como el catalán.

La figura del agricultor familiar es también la predominante en muchas áreas del País Valenciano, tanto en comarcas interiores (viticultura de Utiel-Requena, mtrucultura de la Vall d’Albaida o ganadería intensiva del interior de Castellón) como en las áreas de horticultura intensiva del litoral. Sin embargo, en las amplias zonas de monocultivo cítrico que ocupan la mayor parte del regadío litoral valenciano, el acusado minifundio no se puede identificar con explotaciones familiares.

En las pequeñas explotaciones cítricas se ha difundido de forma generalizada la práctica de la externalización de diversas fases del proceso productivo, las cuales son contratadas con empresas o equipos de especialistas quienes realizan y gestionan las diversas tareas provistos, en todos los casos, de la maquinaria necesaria. Son externalizadas todas las tareas mecanizadas, pero también otras que requieren cierta gestión de la mano de obra, como la recolección o la poda.

Estos mecanismos, en la medida en que afectan a una parte sustancial del proceso productivo, como ocurre en la citricultura valenciana, convierten a la explotación en mera sede física de operaciones gestionadas desde el exterior y provocan, por tanto, una progresiva disociación entre la estructura de las explotaciones y el funcionamiento de la producción agraria, la cual tiene lugar a otra escala, independiente de aquella “estructura”. La escala relevante para el análisis sería cada vez más, la de las empresas de servicios externas.

Estas formas de gestión de la explotación pueden explicar, en buena medida, que el proceso de mecanización agraria se haya desarrollado a un ritmo elevado en la agricultura valenciana, pese al reducido tamaño de las explotaciones (Picazo y Reig, 1990). Paralelamente, la figura del agricultor propietario pierde sus funciones y ocupaciones tradicionales, quedando disponible en el mercado de trabajo para practicar las más diversas formas de agricultura a tiempo parcial.

Las áreas de cultivo hortícola intensivo están presentes a lo largo de todo el litoral mediterráneo, desde el Maresme catalán al Campo de Dalías almeriense. Observando su evolución reciente, podemos identificar algunas transformaciones significativas.

Así, es apreciable la degradación y declive como zonas de producción agraria de muchas de las tradicionales huertas periurbanas localizadas en esta región. En algunas de esas comarcas se mantiene todavía una producción importante de hortalizas o de flores (en el Maresme o en L'Horta Nord de Valencia), pero otras como el Barcelonés, L'Horta Sud de Valencia o la Huerta de Murcia, van siendo progresivamente dominadas por su función residencial o de localización industrial.

La expansión hortícola en los nuevos regadíos murcianos del Campo de Cartagena y del Valle del Guadalentín constituye otro modelo bien diferenciado de intensificación y modernización reciente en una agricultura mediterránea. El proceso, aunque iniciado en las décadas anteriores, se acelera con la llegada del agua del trasvase Tajo-Segura a finales de los años setenta. La extensión del cultivo bajo plástico y el riego localizado constituyen las principales innovaciones técnicas introducidas.

La estructura agraria que se ha generado en esas zonas está caracterizada por la coexistencia de pequeñas explotaciones familiares y grandes explotaciones comerciales. Por una parte, el mismo proceso de intensificación ha permitido la fragmentación en reducidas explotaciones, suficientes para proporcionar rentas a familias de antiguos jornaleros que han accedido a la propiedad o cultivan invernaderos ajenos bajo fórmulas de aparcería. Ello explicaría el continuo aumento del número de explotaciones que reflejan los censos. Pero, paralelamente, esos nuevos espacios regados han permitido la aparición de grandes explotaciones, a las que la atomización de la propiedad impedía desarrollarse en los regadíos tradicionales. Las explotaciones de varios centenares de hectáreas, cultivadas en propiedad o en arrendamiento por empresas comerciales (los cosecheros-exportadores de la región), o ligadas a capitales financieros, están también presentes en la zona (Vera Rebollo 1987; Pérez Picazo, 1989).

La horticultura del litoral almeriense, localizada fundamentalmente en torno al Campo de Dalías, es otro de los ejemplos de desarrollo de una agricultura intensiva durante las últimas décadas. Apoyada en la puesta en riego de una zona árida a partir de finales de los años 50, y en la difusión de técnicas de cultivo como el enarenado primero y el cultivo bajo plástico después, ha tenido lugar en esa zona un espectacular crecimiento de la producción hortícola destinada a la exportación, que se convirtió en un notable factor de crecimiento demográfico de toda la comarca (Hernández Porcel, 1986).

Este proceso de expansión hortícola se produjo en una estructura de pequeñas explotaciones que utilizaban de forma intensiva mano de obra familiar, mientras fracasaron algunos intentos de grandes explotaciones hortícolas. Sin embargo, treinta años después del surgimiento de esa estructura, sería interesante conocer cómo están evolucionando aquellas explotaciones familiares, en qué medida están teniendo lugar procesos de diferenciación en su interior y cuáles son, en su caso, los factores que los determinan, así como analizar cómo se inscribe en ese proceso la creciente utilización de mano de obra inmigrante.

EL PROCESO DE INTENSIFICACIÓN Y SUS INTERROGANTES ACTUALES

Como hemos podido observar en ese rápido repaso a algunas de las realidades agrícolas del Mediterráneo español, los procesos de intensificación han sido la principal vía de modernización

y adaptación seguidos por esta agricultura durante las últimas décadas. Intensificación que no se limita a los procesos de crecimiento hortícola o frutícola, sino que también se ha reflejado en la introducción de actividades ganaderas (especialmente las producciones porcina y avícola intensivas), generalizadas en las áreas del secano interior de Cataluña o de la provincia de Castellón, así como en el Valle del Guadalentín murciano.

En todos estos casos, los procesos de intensificación han seguido la lógica de introducción de producciones trabajo-intensivas en explotaciones con poca tierra, que han podido así valorizar sus abundantes disponibilidades de trabajo. Pero, progresivamente, esas orientaciones intensivas han exigido también la utilización de importantes volúmenes de capital por unidad de superficie explotada. Es decir, la modificación de los precios relativos de los factores de producción, y en particular el crecimiento de los salarios, hace inviable la existencia, en un contexto económico como el español, de una agricultura competitiva en los mercados internacionales que mantenga una elevada utilización de trabajo por unidad de superficie pero escasas dotaciones de capital. Por el contrario, la viabilidad de una agricultura intensiva en trabajo y en capital se aprecia bien dentro del contexto europeo con el ejemplo de Holanda, cuya agricultura, respondiendo plenamente a esas características, alcanza de forma destacada los mas altos índices de productividad del trabajo y de la tierra dentro de los países comunitarios (ver Arnalte, 1992 a).

Sin embargo, actualmente, se plantean algunos interrogantes que cuestionan y hacen problemático el futuro de esa vía intensiva de desarrollo de las agriculturas mediterráneas. Por una parte, debemos hacer referencia a los importantes problemas medioambientales que se derivan de la masiva utilización de inputs de origen químico (abonos, pesticidas) en la que se ha basado esa intensificación de la producción vegetal, así como de algunas externalidades negativas producidas por la ganadería intensiva que se practica en estas áreas.

Esos problemas están también presentes en las agriculturas intensivas de los países del Norte de Europa y se les intenta dar respuesta, en el marco de la Política Agrícola Común, mediante el fomento de prácticas agrícolas alternativas compatibles con el medio ambiente. En nuestras agriculturas mediterráneas esa concienciación medioambiental se está introduciendo lentamente, apreciándose un mayor desarrollo en Cataluña, donde la producción agrícola tiene ya un peso muy reducido en el modelo económico, al tiempo que se está difundiendo una mayor valoración de las funciones “no productivas” (como sería la conservación del medio ambiente) del espacio rural.

Otro factor que puede limitar el desarrollo de esa agricultura intensiva deriva de sus importantes exigencias de capital y las crecientes dificultades para financiar la inversión con que se encuentran los agricultores. Esas necesidades de capital en los procesos de modernización e intensificación hasta ahora desarrollados ya han provocado un elevado nivel de endeudamiento en las explotaciones “modernizadas”, endeudamiento que constituye un considerable hándicap para continuar el proceso que inevitablemente obliga a seguir recurriendo a financiación externa.

Evidentemente, una forma de paliar esos problemas sería incrementar el apoyo público a esas inversiones modernizadoras de las explotaciones. Pero esta alternativa se encuentra con las dificultades derivadas de la mala situación financiera del propio sector público, y podría asimismo ser cuestionada en la medida en que sus efectos sean incrementar la producción destinada a unos mercados que están, en muchos casos, no lejanos de sus puntos de saturación.

AGRICULTURA FAMILIAR Y EMPLEO DE TRABAJO ASALARIADO

Como señalábamos mas arriba buena parte de las agriculturas identificables a lo largo del litoral mediterráneo son caracterizadas como “familiares”, pese a lo cual, el empleo de trabajo asalariado alcanza elevados niveles de importancia en alguna de estas regiones.

Así, tanto en el País Valenciano como en Murcia, más de la mitad de los activos agrarios son calificados como “asalariados” por la Encuesta de Población Activa (y en la provincia de Almería ese porcentaje supera el 40%), aunque en muchos de los casos se trata de jornaleros-pequeños propietarios que tienen un base mínima de explotación familiar. Se emplean como asalariados en las explotaciones de mayor dimensión (recordemos el “dualismo” de la estructura de las explotaciones en los nuevos regadíos murcianos o del Sur de Alicante), o trabajan para los comerciantes o las empresas de servicios que protagonizan el proceso de externalización en la citricultura valenciana.

Pero otra considerable fuente de demanda de trabajo asalariado es la generada por las mismas explotaciones “familiares” en su crecimiento. Si se mantienen orientadas hacia cultivos intensivos destinados a los mercados de productos en fresco, las posibilidades de introducción de progreso técnico ahorrador de mano de obra son limitadas (ver en Palerm, 1991, referencias a este respecto sobre la agricultura californiana). Por tanto, las explotaciones, al crecer y ampliar su dimensión económica, deben recurrir forzosamente al empleo de trabajo asalariado, ya que las disponibilidades de mano de obra familiar son limitadas y se aprecian incluso tendencias a disminuir su empleo en la explotación, de acuerdo con lo que también ocurre en algunas explotaciones familiares “modernas” europeas (ver Blanc, 1987, para Francia; Arnalte y otros, 1993, para algunas zonas valencianas).

Especialmente ilustrativo a este respecto sigue siendo el caso de la agricultura holandesa, propuesta en muchas ocasiones como “modelo” a imitar de agricultura familiar intensiva y productiva. El empleo de trabajo asalariado en esa agricultura ha crecido espectacularmente durante los años 80, alcanzando en 1989 un 36% del empleo total agrario, la tercera cifra más alta dentro de los países CEE, tras las correspondientes al Reino Unido e Italia.

Esa es la lógica que explica la utilización creciente de trabajo asalariado por la agricultura “familiar” mediterránea, así como la presencia en todas las áreas de regadío intensivo de mano de obra inmigrante procedente de los países africanos. Esa mano de obra inmigrante, instalada ya años atrás en algunos núcleos como el del Maresme catalán (ver Gimenez Romero, 1992), se ha extendido por el resto de comarcas litorales durante la segunda mitad de los años 80, coincidiendo con la espectacular reducción de población activa agraria autóctona que ha tenido lugar en ese período de expansión económica.

Todos estos elementos van a configurar probablemente en el futuro inmediato en las áreas de regadío intensivo del litoral mediterráneo una situación de tipo “californiano”, con una agricultura intensiva que emplea volúmenes importantes de mano de obra inmigrante (ver Palerm, 1991). Por una parte, parece lógico suponer que esa mano de obra va a seguir siendo expulsada de sus países de origen por el efecto combinado de la explosión demográfica y el bajo nivel de renta, impulsos ante los cuales las medidas políticas de “cierre de fronteras” sólo pare-

cen tener una eficacia limitada. Por otra, también es previsible que se mantenga una importante demanda de mano de obra por parte de estas agriculturas intensivas, si conservan su actual posición en los mercados, demanda que no es probable vaya a ser completamente satisfecha por la mano de obra local, pese a los períodos de crisis que se suceden en la economía española

En esas circunstancias, para reducir los problemas sociales que de ellas pueden derivarse, solo cabe reclamar una política laboral que tenga en cuenta la situación de los trabajadores inmigrantes y una política social que mejore sus condiciones de vida.

Además de esas consideraciones políticas, del análisis anterior se deduce también un interesante corolario metodológico. Es posible que el concepto de “explotación familiar” esté dejando de ser útil para analizar la realidad de la agricultura en los países industrializados, especialmente en aquellas regiones donde se localizan producciones intensivas. Ese concepto sirvió para mostrar cómo se transformaban las explotaciones campesinas tradicionales al “modernizarse” en el seno de una economía capitalista desarrollada. Pero actualmente su mantenimiento como categoría de análisis ayuda poco a diferenciar las realidades existentes e incorpora, por el contrario, una carga emotiva e ideológica (al contraponer agricultura “familiar” con agricultura “capitalista”) que introduce mixtificaciones en el análisis y puede condicionar las decisiones políticas.

REFORMA DE LA POLÍTICA AGRÍCOLA COMÚN Y AGRICULTURAS MEDITERRÁNEAS

Otros factores que lógicamente van a condicionar de forma importante la evolución futura de las agriculturas del litoral mediterráneo que estamos analizando, son el comportamiento de sus producciones en los mercados internacionales así como las formas que la inconclusa reforma de la Política Agrícola Común (iniciada en Mayo del 92 para las producciones continentales) adopte en las producciones agrícolas mediterráneas.

Respecto al primero de esos factores, un balance del comportamiento exportador de estas agriculturas durante los primeros años de integración española en la CE (ver Arnalte, 1992 a) muestra cómo las frutas y hortalizas españolas, en contra de algunas previsiones, no han invadido los mercados europeos. Algunos factores coyunturales pueden explicar ese comportamiento durante los primeros años de la adhesión, tales como la dureza del período transitorio impuesto a este sector o la apreciación de la peseta durante buena parte de ese período.

Pero también hay que considerar razones estructurales, que son las que pueden condicionar el futuro de la exportación y de la producción hortofrutícola mediterránea. La competitividad en el sector de frutas y hortalizas está siendo crecientemente determinada por factores como la organización comercial o el acceso a las redes de distribución, cada vez más concentradas e internacionalizadas. La prueba empírica de que las ventajas comparativas climáticas o de coste de la mano de obra no están siendo determinantes en este sector la aporta la misma experiencia europea. No ha sido Italia ni el Sur de Francia, países mediterráneos integrados en la CE desde su fundación, quienes se han especializado en frutas y hortalizas y han dominado estos mercados, sino que ese dominio está siendo ejercido por los países de agricultura intensiva del Norte de Europa (Holanda en particular) que tienen una ventaja comparativa de muy distinta naturaleza.

Las dificultades para las exportaciones españolas de frutas y hortalizas pueden también derivar, en un futuro inmediato, de la liberalización prevista en el acuerdo del GATT firmado finalmente en Diciembre del 93.

Junto a esos interrogantes, sigue siendo actualmente una incógnita saber cuáles van a ser las “compensaciones” que la reforma de la PAC establecerá para las producciones mediterráneas y, en particular, si la reforma de estas Organizaciones Comunes de Mercado va a seguir, como algunos reclaman, la misma filosofía de “compensación de rentas” utilizada en Mayo del 92 para adaptar los sectores de producciones continentales a la liberalización de los mercados de cereales y oleaginosas.

Debemos advertir que el sistema de compensación de rentas entonces establecido (mediante ayudas directas por hectárea, desligadas de la producción pero también de cualquier esfuerzo de “modernización” de las explotaciones) constituye un inequívoco factor de fijación de la estructura de las explotaciones en su situación actual y de bloqueo de los procesos de evolución estructural. Esos efectos pueden ser aceptables en las agriculturas “modernizadas” del Centro y del Norte de Europa, donde los intensos procesos de ajuste estructural desarrollados las últimas décadas han generado unos estratos de explotaciones que ya se consideran competitivas en los mercados internacionales, tal como reconocía el Primer Informe MacSharry (comisión CE, 1991). Pero la situación es distinta en los países del sur del continente, cuyas agriculturas registran un acusado retraso en esos procesos de evolución estructural (Arnalte, 1992 b).

En concreto, el establecimiento de un sistema de ayudas por hectárea en un sector como el de frutas y hortalizas del Mediterráneo español puede orientar hacia la “producción para la subvención” a una parte importante de las actuales explotaciones, alejándoles de cualquier intento de reducir sus costes de producción, mejorar la calidad de sus productos o mantener, de una u otra forma, su competitividad en los mercados.

CONCLUSIÓN

De este breve repaso a la problemática actual y a las perspectivas futuras de las agriculturas que se localizan a lo largo del litoral mediterráneo español cabe, fundamentalmente, concluir que la evolución de esas agriculturas está siendo condicionada por una serie de modificaciones sustanciales del contexto en el que se inscribe el desarrollo agrario en los países industrializados. Entre esas modificaciones podemos citar la toma de conciencia de la problemática medioambiental y sus consecuencias para la producción agraria, el difuminarse de los límites que hasta hace poco hacían de la “agricultura familiar” y la “agricultura capitalista” categorías bien diferenciadas en el análisis agrario, o la sustancial modificación de las ventajas comparativas “clásicas” en los mercados de frutas y hortalizas. Ante esas modificaciones la política agraria debe lógicamente adaptarse y renovar sus instrumentos, dando lugar a lo que algunos autores ya califican de punto de inflexión en el modelo de agricultura y de política agraria que ha caracterizado a este sector productivo durante buena parte del siglo actual (Fabiani, 1993).

En este contexto no debemos, sin embargo, dejar de prestar atención al análisis micro, a la caracterización de los modelos y pautas de evolución que siguen las distintas agriculturas de

esta región. Solo así podremos evitar los riesgos que denunciaba Garrabou para el análisis del s. XIX valenciano, es decir, el falso dilema al que puede conducir el intento de evaluar las transformaciones de una agricultura según un único modelo universal de “modernización” (Garrabou, 1985). Y sólo así podremos también impedir la aplicación de recetas “clásicas” de política agraria a situaciones en las que no pueden ser efectivas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARNALTE, E. (1992 a): “La agricultura del mediterráneo español en el contexto de la CE: Rasgos diferenciales y perspectivas”, *Papeles de Economía Española*, serie Economía de las Comunidades Autónomas nº 11 (“Arco Mediterráneo”)
- ARNALTE, E. (1992 b): “Agriculturas del Sur de Europa y Reforma de la PAC”, *Revista de Economía* Nº 12.
- ARNALTE, E., ESTRUCH, V., MUÑOZ ZAMORA, C. y ULIZARNA, J.L. (1993): “Life cycle and labour allocation in Spanish farm family households. Empirical results for Mediterranean areas”, en Cecora, J. (ed): *Economic behaviour of family households in an international context*, Society for Agricultural Policy Research and Rural Sociology, Bonn.
- BLANC, A. (1987) “Family and employment in Agricultura: Recent changes in France”, *Journal of Agricultural Economics*, Vol. XXXVIII, 2.
- COMISIÓN DE LAS COMUNIDADES EUROPEAS (1991a): “Evolución y futuro de la PAC. Documento de Reflexión de la Comisión” COM (91) 100 Final, 1 de Febrero.
- FABIANI, G (1993): “Un ciclo común en la evolución de los sistemas agrícolas contemporáneos”, en *Agriculturas y políticas agrarias en el Sur de Europa*, MAPA, Madrid.
- GARRABOU, R. (1985) “*Un fals dilema: Modernitat o endarreriment de l'agricultura valenciana. 1850-1900*”, Institució Alfons el Magnànim, Valencia.
- GIMÉNEZ ROMERO, C. (1992): “Trabajadores extranjeros en la agricultura española: Enclaves e implicaciones”, *Estudios Regionales* nº 31.
- HERNÁNDEZ PORCEL, M.C. (1987): “La Agricultura intensiva del Campo de Dalías”, *Paralelo 37. Revista de estudios geográficos*, nº 10
- PALERM, J.V. (1991): *Farm Labor Needs and Farm Workes in California 1970 to 1989*, California Agricultural Studies, 91-2, Employment Development Department.
- PÉREZ PICAZO, M.T. (1989): “El modelo de crecimiento murciano. Una perspectiva histórica (1750-1980)”. *Papeles de Economía Española, Serie Economía de las Comunidades Autónomas*, Nº 7, Murcia.
- PICAZO, A. y REIG, E. (1990) “Mecanización y sustitución de factores productivos en la agricultura valenciana”, *Agricultura y Sociedad*, número 57.
- TULLA, T (1984) “Estructura Agraria”, *El Campo*, nº 95, Especial Catalunya.
- VERA REBOLLO, J.F. (1987): “Cultivos de invernadero y riegos localizados en la franja litoral”, *El Campo*, nº 105.